

CONFERENCIA DEL MAESTRO
OMRAAM MIKHAËL AÏVANHOV

EL GRANO DE MOSTAZA – LA FE

Sèvres, 2 de junio de 1941

"Les propuso otra parábola diciendo: El Reino de los Cielos es semejante al grano de mostaza que tomó un hombre y lo sembró en su campo. Es la más pequeña de todas las semillas: pero, cuando crece, es mayor que todas las hortalizas y se hace árbol, de forma que las aves del cielo vienen a posarse en sus ramas."

San Mateo 13: 31-32

"Entonces los discípulos se acercaron a Jesús, le hablaron aparte y le dijeron: ¿Por qué no hemos podido nosotros echar a ese demonio? Porque tenéis poca fe, les dijo Jesús. En verdad os digo que, si tuvieseis fe como un grano de mostaza, podríais decirle a este monte: Trasládate de aquí a allá, y se trasladaría: nada os sería imposible."

San Mateo 17: 19-20

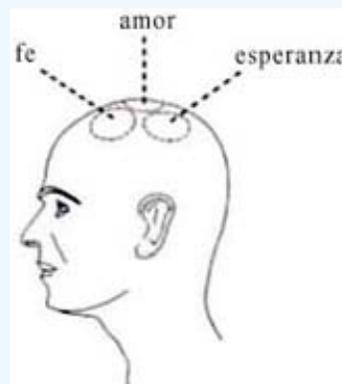
Y también en otros pasajes en el Evangelio utilizó Jesús la imagen del grano de mostaza.

Habéis observado, sin duda, en las imágenes empleadas por Jesús, la oposición entre la pequeñez de este grano y su desarrollo extraordinario; se convierte en un árbol, de forma que las aves del cielo vienen a posarse en sus ramas; y, por otra parte, la idea de que, si los discípulos tuviesen fe como un grano de mostaza, ¡podrían desplazar montañas! Justamente, son estas imágenes las que hay que explicar: el árbol en el que las aves del cielo vienen a habitar, y la fe que permite desplazarlas montañas.

Ya os hablé de la fe. Es una virtud que todavía no ha sido bien estudiada. Todos saben que se manifiesta en los desgraciados y que puede hacer milagros en los enfermos a los que la ciencia ya había desahuciado, esto no se puede negar, pero no se sabe cómo explicar sus efectos. ¿Por qué existe la fe en los seres más sencillos, y mucho menos en los seres más

inteligentes? Ya os indiqué dónde se encuentra ubicada la fe desde el punto de vista frenológico.

Os expliqué también las relaciones que existen entre la fe y el amor. Si queréis ganaros el amor de alguien, debéis creer en él; y, si amáis a alguien, éste empieza a creer en vosotros. La esperanza está entre los dos, entre el amor y la fe, es su hijo, su resultado en el plano físico. El amor, la esperanza y la fe son unas virtudes que pertenecen al plano más elevado, al plano causal, donde se encuentran las causas de todas las cosas.



Puesto que Jesús insistió muy a menudo en la fe que debían tener los enfermos o los posesos para ser curados o liberados del demonio, la gente cree que es la fe la que produce los milagros. No, la fe es solamente la condición indispensable para que los milagros se produzcan. Los milagros son provocados por otra fuerza distinta de la fe. Habéis observado que Jesús pronunciaba ciertas palabras cuando curaba a los enfermos: "Todo es posible para el que cree...", "Anda, tu fe te ha salvado...", "Hágase según tu fe". Diréis que habría podido curarles, aunque no tuvieran fe, puesto que tenía todos los poderes. No, no podía hacer nada por ellos si eran incrédulos, porque entonces no se daban las condiciones necesarias para la curación. Hubiera podido curarles, a pesar de todo, pero empleando la violencia, y la violencia nunca es un buen método. Jesús quería que la curación viniese también del enfermo que, con su fe, abría las puertas a las fuerzas del mundo espiritual para que éstas entrasen y actuasen en él.

La fe es una puerta abierta a las fuerzas espirituales. Nosotros mismos no hacemos nada, sólo abrimos la puerta, y son otros los que lo hacen todo. Aquello que emprendéis sólo con vuestra voluntad obedece a un mecanismo natural y se encuentra, por tanto, sometido a la ley de causas y consecuencias. Mientras que la fe es una puerta que se abre para dejar entrar unas fuerzas que vienen de otra parte, unas fuerzas celestes que penetran dentro de vosotros, en donde actúan, reparan, purifican, curan, a veces hasta cuando no lo merecemos. Se trata, pues, de la gracia; la fe abre la puerta a la gracia. ¡Cuántos se equivocan pensando que es la fe la que hace los milagros! Podemos creer, o no creer, pero en realidad solamente abrimos la puerta, y es posible que nada pase por esta puerta. Muchos creen que les va a tocar el gordo de la lotería, y nunca les toca, a pesar de su fe. Y otros creen que vivirán mucho tiempo, que serán felices, que se curarán,

pero están enfermos y mueren. Así pues, está bien creer que las plantas van a crecer, pero previamente hay que sembrar, y después creer.

Vuestra fe abre una puerta, pero si nadie pasa por ella, porque no habéis desencadenado nada, porque no habéis invitado a los espíritus a venir, no se produce nada. Primero el enfermo pedía a Jesús que le curase, y esta petición era un desencadenamiento. Después, había que tener la puerta abierta, la fe. Y, finalmente, el poder de Jesús se manifestaba. ¿Veis, pues?, tres condiciones. Desde hace dos mil años repiten que hay que tener fe, y tienen fe, pero, como falta la Ciencia iniciática, no avanzan mucho.

Os daré una imagen. Suponed que tenéis un recipiente lleno de agua en la que ponéis unos pececillos de papel o de cualquier otra materia, que habéis recortado, y en cuyos extremos habéis puesto unos trocitos de alcanfor: los pececillos se desplazan en el agua. Pero añadís ahora al agua una minúscula gota de aceite con la punta de una aguja: el movimiento de los pececillos se interrumpe, ya no pueden moverse. ¿Qué ha pasado? Habéis modificado las condiciones que eran necesarias para que pudiesen moverse. Las dudas, las sospechas, representan unas condiciones inversas a las creadas por la fe: interrumpen el curso de las fuerzas que estaban poniéndolo todo en movimiento. La menor duda ya es suficiente para crear una materia que recubre los canales espirituales y absorbe las fuerzas benéficas que en ellos circulan.

¿Se puede dividir a los hombres en creyentes e incrédulos? En realidad, no existe nadie en la Tierra que esté totalmente privado de fe. Todos creen, pero ¿en qué? Uno cree en sí mismo, otro en su mujer, un tercero en la riqueza... Creen en Dios, en la naturaleza. Los hay que creen en la naturaleza inferior, y otros en la naturaleza superior. Todos vosotros habéis creído en alguien, y os habéis dado cuenta de ello, sobre todo, el día que os ha decepcionado. Para haber sido decepcionado, hay que haber creído primero. Hubierais debido prever, cuando creíais, que tendríais esta decepción; porque, a menudo, creemos en ciertas cosas que sólo nos pueden traer decepciones. Creéis en la pasión de alguien, pero esta pasión tiene que extinguirse un día, fatalmente. Creéis en su poder destructivo, pero se agotará. Todo lo que es terrestre, inferior, debe desaparecer, no hay que contar con ello como si fuese eterno. En estos casos la duda es una cosa maravillosa. Hay que saber dudar y, sobre todo, saber cuándo y de quién dudar. Si algunos se decepcionan de sus amigos, de sus hijos, de sus empleados, de sus jefes, la culpa es suya. Hubieran debido discernir, primero, la naturaleza de lo que provocaba su fe, y entonces habrían sabido

que se producirían cambios en estos seres, y así no habrían sufrido decepciones.

Dudar está permitido, pero de lo que es inferior, débil, pervertido, indecente. Cuando se trata de la naturaleza superior, en la que reinan el amor, la sabiduría, la libertad, no debemos dudar. Todas las desgracias, todas las dificultades vienen de que no sabemos en qué poner nuestra fe. Sólo debemos creer en aquello que no se debilitará nunca, que no se destruirá nunca: en el amor de Dios, en su Sabiduría. El amor de Dios y su Sabiduría se derramarán sobre nosotros hasta el fin del mundo y no se agotarán jamás. También habrá siempre aire, agua, luz, calor, frutas. Nadie puede impedir que los árboles den frutos, ni que el Sol caliente la Tierra. Debemos, pues, tener fe en el Espíritu cósmico que nos alimenta y nos ayuda. Tampoco tenemos derecho a dudar de los Iniciados que sacrifican su vida para ayudar a sus hermanos, a sus prójimos, y que trabajan para la Causa divina.

Podéis dudar de los filósofos que os han inducido a error, de vuestra mujer que os ha engañado, sí, pero es porque habéis creído en su naturaleza inferior. Sólo hay una cosa de la que no debéis dudar: de la naturaleza superior que se encuentra en vosotros y en los demás. Todos seréis castigados, flagelados, atormentados, mientras dudéis de vuestra naturaleza superior, de aquello que el Señor ha puesto de divino en vosotros desde la creación del mundo. Cuando os observo, constato que tenéis una confianza absoluta en vuestra naturaleza inferior: creéis que os protegerá, que os lo dará todo, y dudáis, en cambio, de esta voz que habla muy bajito dentro de vosotros para daros buenos consejos.

Algunas personas quieren curar a los enfermos sin medicamentos, con fórmulas, con pases magnéticos, diciendo que es la fe la que cura. Sí, pero ¿por qué no obtienen resultados? Es muy fácil de comprender. Para lograr curar a alguien, hay que remover el mundo causal. Si no llegamos a tocar el mundo causal, por muchas cosas que hagamos, no habrá resultados. Claro que, si persisten durante mucho tiempo, acabarán consiguiéndolo. Pero, si tenemos fe, esta fe que toca el mundo causal, los resultados serán inmediatos: porque las fuerzas manan directamente de arriba. La fe es, pues, necesaria para tocar directamente el mundo causal, ella es la que permite el contacto, y la curación sigue rápidamente.

Diréis que es difícil tener esta clase de fe. Había una mujer vieja que había leído los Evangelios y sabía por ellos que con la fe pueden moverse

montañas. Como había una colina frente a su casa, decidió moverla de sitio, porque esta colina le impedía ver el Sol por la mañana. "Si quito esta colina, se dijo, podré ver el Sol desde mi ventana." Por la noche, antes de acostarse, pronunció unas palabras para pedir que la colina fuese desplazada. Al día siguiente, al despertarse, fue rápidamente a la ventana: la colina seguía en el mismo sitio. Entonces dijo: "Lo que yo pensaba, no me extraña que siga estando ahí". No tenía fe.

Nosotros nos parecemos muy a menudo a esta mujer. Cuando queremos hacer un gran esfuerzo, decimos grandes palabras, pero las montañas siguen en su sitio. Cuando Jesús dijo que si tuviésemos fe como un grano de mostaza podríamos trasladar montañas, no hablaba de montañas físicas. Grandes seres calcularon muy bien el emplazamiento que debían ocupar las montañas en la Tierra, y para qué servirían. Cada montaña debe permanecer donde está. ¿Qué pasaría si varias personas empezasen a desplazar las montañas? No creo que a Jesús le hubiesen gustado este tipo de perturbaciones.

Las montañas de las que habla Jesús representan las grandes dificultades de la vida. ¿Cómo desplazarlas en un instante? Esto no es posible, y el Cielo no nos pide tanto. Nos pide que empecemos transportando una pequeña piedra semejante a un grano de mostaza, y así, piedra tras piedra, llegaremos a transportar nuestra montaña a otra parte. En un año, en dos, en diez... la dificultad será desplazada. Pensáis que esto se hace largo, y queréis hacerlo inmediatamente. Bueno, entonces haced como las hormigas que llegan a transportar verdaderas montañas de grano en unos minutos. Porque, proporcionalmente, para ellas son montañas. Sí, pero una hormiga no trabaja sola, son muchas las que trabajan juntas. Por eso, todos los hombres que siguen actualmente la enseñanza del egoísmo, de la separación, nunca transportarán las montañas; solos no podemos, pero juntos, sí. Muchas cosas han sido hechas porque los hombres se han reunido para trabajar juntos para construirlas, edificarlas, organizarlas. Para un gran número de seres unidos en el trabajo, las montañas no son más que pequeños guijarros. Juntos, lo podemos todo.

Si queréis ser capaces de transportar las montañas, uníos como hacen las hormigas. Aunque, en realidad, las hormigas no sean el mejor símbolo: se introducen en las casas, en las que hacen destrozos, y acumulan y amontonan egoístamente. Tomad, más bien, el símbolo de las abejas que, en cambio, no destruyen nada: cosechan el polen, unos granos minúsculos, todavía más pequeños que el grano de mostaza, y, después, lentamente, con

una gran paciencia, preparan montañas de miel. Las abejas representan a los discípulos de la nueva enseñanza. Los de la antigua enseñanza están siempre ávidos, hambrientos, temen sin cesar que les falte de todo. Son grandes trabajadores, pero trabajan movidos por la necesidad de poseer. Mientras que, cuando las abejas van hacia las flores, no es para cargarse con un enorme fardo; de cada estambre recogen un grano minúsculo, y nadie puede acusarlas por ello. Por otra parte, nadie las expulsa, porque sólo toman de las flores lo que está preparado para ellas, y además, modelan, construyen; mientras que las hormigas destruyen. Ahí tenéis dos imágenes simbólicas: las hormigas y las abejas, Saturno y Venus.

Si os encontráis ante montañas de dificultades, para hacerlas desaparecer hay que seguir el ejemplo de las hormigas. Pero, para construir montañas, hay que recurrir al ejemplo de las abejas. Vais a comprender mi pensamiento. Si alguien tiene un tumor, es una montaña que hay que desplazar, y para eso hay que recurrir a las hormigas, Son pequeños obreros, pacientes, voluntarios, obstinados. Todas las células de la sangre, los glóbulos blancos y los glóbulos rojos, son como hormigas y abejas: pueden destruir y construir. Así, para destruir el tumor, hay que recurrir a aquéllos que son como las hormigas y hay que ponerlos a trabajar; cada día quitarán un poco del tumor. No reclaméis que todo desaparezca inmediatamente. Jesús no dijo que eso podía hacerse instantáneamente. Sólo los perezosos quieren resultados tan rápidos. Cada día debemos trabajar con la fe para tocar el mundo causal.

Todos los hermanos y hermanas de la Fraternidad Blanca del mundo entero deben unirse con fe y amor para hacer un gran trabajo de luz y de paz, y obtendrán tantos más resultados cuanto más poderosa sea la conexión que se cree entre ellos. El que permanece solo nada puede obtener, nunca podrá transportar las montañas. Jesús dijo: "Los hijos de este mundo son más inteligentes que los hijos de la luz." Si, la gente ordinaria, los materialistas, son más inteligentes: cuando quieren construir un puente, perforar túneles, lanzar una empresa comercial, saben reunirse, organizarse. Son, pues, más inteligentes que los espiritualistas, que pretenden siempre trabajar solos, separados unos de otros, fuera de toda colectividad. Mientras que los espiritualistas no quieran trabajar juntos, no podrán instalar el Reino de Dios en la Tierra. Deben unirse con amor, fe y confianza, con la Fraternidad Blanca Universal cuya cabeza es Cristo.

El grano de mostaza nos enseña que no debemos tener miedo de empezar nuestro trabajo con cosas minúsculas, sino trabajar hasta

convertirnos en un árbol en el que vengan a resguardarse los pájaros del cielo, es decir un alma y un espíritu. El grano de mostaza representa una idea, un pensamiento, que es minúsculo en apariencia. Este pensamiento es tan pequeño incluso que, quizá, al principio, todo el mundo pueda reírse de él. Pero plantadlo, y se convertirá en un árbol cuyos frutos todos vendrán a comer. No es más que un grano de mostaza, pero tened confianza en esta simiente, porque tendrá la paciencia de crecer y de convertirse en un árbol. Somos nosotros, los hombres, los que no tenemos la fe de este grano de mostaza: empezamos y nos paramos inmediatamente. No encontramos trabajo, tenemos algunas dificultades en la familia, ¡y ya pensamos en suicidarnos!

Sabéis que el grano de mostaza sirve para preparar la mostaza con la que se hacen cataplasmas. El grano de mostaza es, pues, tan poderoso que absorbe el mal de dentro y lo hace salir fuera. Así Jesús quería decir: "Si vuestra fe no es tan poderosa como el grano de mostaza, hasta el punto de hacer salir el mal que hay dentro de vosotros, es que no es fe." El Sol actúa de la misma manera. ¿Por qué os ponéis morenos cuando os exponéis a sus rayos? Porque es una cataplasma que hace salir las impurezas de dentro. Si no os ponéis morenos al Sol, no mejoraréis vuestra salud. De la misma manera, el amor, la fe, la sabiduría son cataplasmas. Si las ponéis sobre la parte enferma y no producen ningún efecto, es que no tienen en vosotros el poder del grano de mostaza.

Cuando queréis hacer desaparecer algo nocivo en vosotros, recurrís a las hormigas (los glóbulos blancos), que saben cortar, limpiar, disgregar todo lo malo de vuestro cuerpo. Recurrid a las hormigas con la pureza y os desembarazarán de todas las montañas acumuladas durante mucho tiempo: los tumores, las obstrucciones de todas clases. Para construir, recurrid a los glóbulos rojos, con el amor, porque, cuando amáis algo, lo atraéis, lo modeláis. Cuando el hombre debe desaparecer, llegan unos obreros semejantes a hormigas para hacer su trabajo, y esta montaña empieza a dislocarse. Al contrario, cuando un niño debe nacer, hay abejas que van a recoger el polen por todas partes, en todas las flores. El niño representa una montaña de miel. Su madre lo ama, lo respira, lo abraza diciéndole: "Mi pequeña miel".

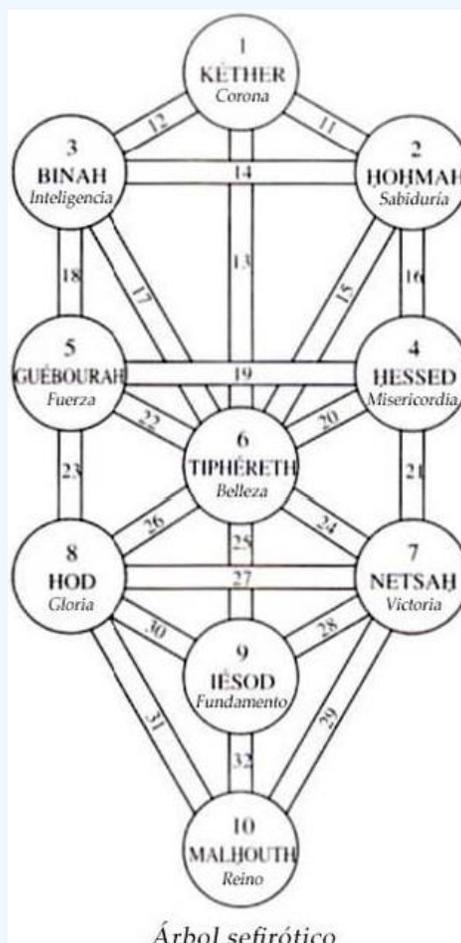
Con la paciencia, la constancia, nosotros también debemos hacer desaparecer las montañas que nos impiden ver el Sol interior. Estas montañas de mentiras, de decepciones, de problemas, debemos trasladarlas, disgregarlas. Después, habrá emplazamientos en los que prepararemos

nuevas construcciones con los materiales provenientes de estas montañas. Demoled, pues, las montañas, porque, en estos momentos, hay compradores para las piedras, y harán con ellas calzadas, edificios, porque en la naturaleza nada se pierde. Hay que vender o dar todas las montañas de nuestra alma, de nuestro corazón, de nuestra inteligencia, de nuestro cuerpo físico, estas montañas acumuladas desde hace tanto tiempo y que no sirven para nada.

Recurrid a la ayuda de las hormigas: la paciencia, la tenacidad, y después llamaréis a las abejas para que se forme una fraternidad magnífica en la que todos vivirán felices cantando y glorificando al Señor.

Pero el aspecto más importante de la parábola del grano de mostaza lo vais a ver ahora. Jesús dice que el grano de mostaza se hace un árbol tan grande que los pájaros del cielo vienen a habitar en sus ramas. Para explicaros esta imagen, me veo obligado a tocar la cuestión de *Árbol sefirótico* del que habla la *Cábala*. Debéis saber que todo lo que sucede en la naturaleza, en el dominio de las plantas, de los animales o de los hombres, se realiza con la participación de los diez *Séfirots*. Los diez *Séfirots* son las más altas entidades conocidas, los diez dedos de Dios que corresponden a las diez cualidades o virtudes. Se les llama: Kether, Hochmah, Binah, Hessed, Geburah, Tiphereth, Netzach, Hod, Iesod y Malkut. Cada uno de estos nombres tiene un significado: Kether significa corona; Hochmah, sabiduría; Binah, inteligencia; Hessed, misericordia; Geburah, fuerza; Tiphereth, belleza; Netzah, victoria; Hod, gloria; Iesod, fundamento; Malkouth, reino.

Vais a ver ahora que cuando Jesús dijo que el Reino de Dios se asemeja a un grano de mostaza que se hace árbol, hacía alusión al *Árbol sefirótico*. En efecto, los diez *Séfirots* representan el *Árbol cósmico*. Si sabéis cómo estudiar un árbol, meditar sobre él, comprenderéis grandes misterios, porque el árbol es un símbolo de la vida. Todas las cuestiones se explican, todos los



problemas se resuelven cuando comprendemos el significado y las correspondencias de cada uno de los detalles del árbol

Los diez Séfirots corresponden a un momento determinado del crecimiento del grano de mostaza.

Kether, es el grano, la semilla que plantamos en tierra, el principio, la cabeza de las cosas. Sin Kether no podemos obtener nada.

Una vez plantada en tierra, la semilla se divide en dos, se polariza, y es Hochmah, la sabiduría, el binario, la oposición de lo positivo y lo negativo, del más y del menos, de lo alto y lo bajo. Todas las fuerzas contenidas en la corona empiezan a dividirse, a oponerse unas a otras. El binario separa, divide. Por eso, todos aquéllos que no comprenden el 2, el bien y el mal, no pueden comprender la sabiduría. El que quiere ser sabio debe comprender el número 2.

Pero las fuerzas no están completamente separadas, siguen conectadas por la Corona, que les dice: "Queridos hijos, sois chico y chica, así que uníos y vais a hacer un gran trabajo que vendréis después a mostrarme". Se unen, y es Binah, la inteligencia, la razón que las armoniza, las reconcilia para el cumplimiento de un trabajo común. Tal como lo ha ordenado la Corona, Binah armoniza las corrientes contrarias, ascendentes y descendentes.

Kether, Hochmah y Binah están enterradas en la tierra. La planta es el reflejo del mundo de arriba. La raíz de la planta es, en realidad, la cabeza de la planta. En cuanto al hombre, es una planta cuya raíz es la cabeza, porque está plantada en el mundo causal. Lo mismo que los tres Sefirots, Kether, Hochmah y Binah están enterrados en la tierra, nuestra cabeza está enterrada en el mundo espiritual.

Para que la planta aparezca por encima del suelo hace falta la intervención de la cuarta Séfira. Hessed, la misericordia. Hessed, es el tallo, el tronco del árbol, lo que siempre trata de resistir. Es la vida basada en la caridad, la bondad. Toda vida que no está basada en la misericordia no posee tallo. Tiene una raíz, pero no tallo, no crece. Hessed representa el tallo por donde las fuerzas cósmicas circulan de abajo a arriba y de arriba abajo. La misericordia sirve de canal para la circulación de las fuerzas del mundo terrestre hacia el mundo espiritual, e inversamente.

La quinta Séfira, Geburah, la fuerza, corresponde a las ramas. Cuando el hombre posee la fuerza, el poder, empieza a extender sus ramas

por todos lados. Cuando una sociedad, un pueblo, se vuelven poderosos, logran extenderse por todas partes. Cinco es el número del trabajo del hombre, de su mano que empieza a preparar las hojas.

La sexta Séfira, Tiphereth, la belleza, son las hojas que adornan al árbol. Después de las hojas, aparecen los brotes: es la séptima Séfira, Netzah, la victoria, Cuando el árbol ha llegado al estadio de los brotes, se dice que es la hora de la victoria. Ha vencido todas las dificultades, dará frutos.

Ahora se hace un gran trabajo en los brotes, que van dando nacimiento a las flores, a la octava Séfira, Hod, la gloria, la alabanza. El árbol se cubre de flores y ésta es, justamente, su gloria; alaba al Eterno con su belleza y sus perfumes... El perfume que las flores empiezan a exhalar es la gloria, la alabanza que el árbol envía al Eterno; entonces, el árbol empieza a hablar al Eterno, está cubierto de insectos que zumban, compone salmos que canta para el Señor.

Finalmente, en la flor se forma el fruto que, más tarde, se volverá delicioso. El Sol lo hace madurar, le da colores, y los niños vienen a jugar junto a él. Es el nacimiento del niño Cristo, la novena Séfira. Iesod, la base, el punto de partida de otra vida, de un nuevo árbol. El número 9 representa la terminación: el fruto está maduro y cae.

El fruto contiene de nuevo una semilla, y es Malkut, la décima Séfira. Cada semilla o simiente representa Malkut. el Reino de Dios. ¿Cómo reconocer que se trata del Reino de Dios? Plantad la semilla y todos los demás atributos pronto aparecerán. Así pues, Malkut y Kether se encuentran. El principio y el fin de las cosas son idénticos. Por eso Jesús decía que el Reino de Dios (dicho de otra manera, Malkut), puede compararse con un grano de mostaza. ¿Dónde están los demás Séfirots? Jesús solamente habló de Malkut, la semilla. Los otros deben ser encontrados como acabo de hacerlo.

Cada día debéis pedir al Señor que podáis plantar pensamientos y sentimientos por todas partes en el mundo, en las almas, para producir los 10 Séfirots.

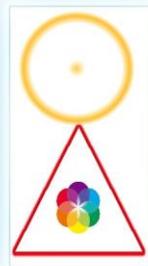
Actualmente, los hombres son desgraciados, están decepcionados, porque no han comprendido el misterio del grano de mostaza. No hay que emprender bruscamente las grandes cosas, querer desplazar de un solo golpe las montañas, porque eso acabará siempre con una decepción. Si

queréis saltar un precipicio grande y ancho, caeréis dentro de él y, cuando os levantéis - si acaso os levantáis - habréis recibido un golpe tal que renunciaréis en adelante a intentar ni siquiera los más mínimos esfuerzos. En cambio, si aprendéis a saltar un foso de un metro de largo, iréis más lejos, porque, poco a poco, cogereis confianza en vosotros mismos. Cuando os lanzáis a empresas gigantescas, como no tenéis éxito, vuestra fe disminuye. La fe crece en vosotros cuando lográis hacer cada día pequeños esfuerzos, pequeños ejercicios; podéis verificar esta ley. ¡Cuántos métodos os he dado en las conferencias! Pronunciar una palabra, hacer un gesto... No los habéis utilizado, porque os parecen demasiado insignificantes. Sin embargo, estos métodos eran, justamente, granos de mostaza que podían llevaros muy lejos. Las empresas grandiosas no os llevarán lejos, os destruirán. Veo a muchas personas arruinadas por las prácticas de ocultismo: ¡han querido transportar montañas de un solo golpe!

Debemos ser como el grano de mostaza, es decir, muy pequeños en apariencia, pero contener dentro, concentrados, todos los poderes del Espíritu.

Señor, amo tu Sabiduría, creo en tu Amor, espero en tu Poder y me apoyo en él.

* * *



www.laensenanza.org